

# EL GRAN DRAGÓN ROJO Y LA MUJER VESTIDA DE SOL

— REVISTA DE DIVULGACION LITERARIA —

## EDITORES RESPONSABLES:

Alejandro Schmidt  
Normand Argarate

## Dirección Editorial:

Hipólito Irigoyen 43  
Villa María — C.P. 5900 —  
Prov. de Córdoba  
Rep. Argentina

## COLABORARON EN ESTE NUMERO:

Ricardo E. Molinari  
Louis F. Céline  
Georg Lichtenberg  
Roberto Arlt  
Antonio Di Benedetto  
Aldo Parfeniuk  
Osvaldo Svanascini  
Jorge Isaías  
Claudio Martinelli  
Nicolás Peyceré  
Susana G. Giraudó  
Hugo Rivella  
Pierre Maurice Cottereau

Villa María, Marzo de 1989.

Año 3 — Número 7

## P O E M A

U NA VEZ vi mi casa  
en el cielo, despierta,  
mirando la tarde.

Soplaba lo último del verano  
y empezaban a volar  
las mariposas  
amarillas.

Alguien arrastraba  
las aguas, los pequeños  
ríos del espacio,  
y me buscaba.

Yo veía mi casa,  
asombrada y sin árboles.  
Unas nubes comían y golpeaban  
los cristales  
y las ramas de la madera,  
llamándome.

Estaba yo en la tierra  
con los ojos abiertos  
y las manos perdidas.

Extraído de "La Hoguera Transparente". Emecé Editores.

RICARDO E. MOLINARI





# Literatura Argentina Contemporánea

## — TRISTEZA Y MELANCOLIA —

(De una entrevista inédita a Antonio DI BENEDETTO)

### PRESENTACION

Las frecuentes visitas de ANTONIO DI BENEDETTO a Córdoba tenían, muy especialmente, un significado íntimamente vinculado a una de las partes de su obra que él más quería. En la Biblioteca Mayor de la U. N. no solamente pasó interminables jornadas estudiando Derecho — se graduó de abogado en Cba. —: allí encontró, entre arcaicos documentos, el perfil del legendario Capitán Don Diego de Zama y allí, también, imaginó ese mundo que nos sería contado con una capacidad asombrosa de asimilación al paisaje, a la atmósfera y a los hechos, y que convirtieran a nuestro autor en un auténtico anticipador de aquel objetivismo que tuvo en Robbe-Grillet a su principal exponente.

En pocas pero jugosas charlas, pobladas de anécdotas (me contó, por ejemplo, que a Zama la escribió de un tirón, solamente en un mes hurtado a su trabajo de periodista) revisamos distintos temas — yo preguntando y él respondiendo, se entiende — aunque lo más frecuente fuese que habláramos de cuestiones relacionadas con el hombre del interior del país: su literatura, costumbres, lenguaje, etc. . . Enemigo del mero pintoresquismo, DI BENEDETTO proponía lecturas más profundas para capturar verazmente lo definiente del espíritu de un lugar,

de una región, coincidiendo en que no por hablar del Barrio Clínicas o de La Cañada un escritor cordobés lograba transmitir lo esencial e intransferible de un modo de ser y una personalidad únicas. De la misma manera, en una milonga campera escrita sin apelar a regionalismos, podían encontrarse reflejados más acabadamente el pudor y el rechazo a lo extravagante de nuestro hombre de llanuras. Y lo mismo respecto al tango en relación con lo triste y melancólico en el hombre argentino, especialmente en el porteño: la finura y delicadeza del buen castellano de Homero Manzi supera ampliamente las posibilidades del lunfardo y el letrismo arrabalero para recuperar no solamente el color local, sino — sostenía DI BENEDETTO — una tristeza y una melancolía que viene con una tradición heredada, como es la hispánica, pero que incorporamos y asimilamos hasta convertirla en definiente de nuestra manera de ser. El siguiente monólogo del desaparecido escritor mendocino — que ahora tendría 66 años — da cuenta del asunto, indagando sobre algunas causas, y las consecuencias que el tema generó en nuestra literatura.

Aldo Parfeniuk

## TRISTEZA Y MELANCOLIA

— “El escritor argentino, como poeta, traduce melancolía y tristeza. No podemos pasar por alto que la literatura — en Argentina y mundialmente — durante mucho tiempo ha sido esencialmente poesía; la narrativa tiene un triunfo más reciente y es muy leída desde que se impone una novelística fuerte.—

Volviendo a nuestros poetas y hablando siempre de la tristeza: tiene en ello mucho que ver la duradera influencia española, no sólo por tratarse del mismo idioma sino por otra cantidad de factores: desde la educación secundaria que se nos da, en que la cátedra de literatura es literatura española y que al poeta español se lo cultiva en recitales. . . ; en que es el ejemplo del bien decir hasta en la gramática; y que a la Argentina — literariamente hablando — se la pinta casi siempre como una rama de la literatura española que hay que seguirla y educarse en ella. . . pasa, entonces, que la literatura

española que se nos enseña es profundamente melancólica y entregada a los dolores del espíritu, y eso se contagia; fíjese que nuestra poesía en general es romántica y elegíaca. La generación del cuarenta es elegíaca — se trata de una generación no muy lejana — está entregada a esa evocación triste y nostálgica de todo lo que existió, de todo lo que hubo e incluso del hombre mismo: el hombre aparece, para muchos de esos poetas como una ruina a la que hay que cantarle. Eso tiene que ver con una vieja contemplación española, no sólo de la poesía, sino también del concepto dramático y trágico que nos da la narrativa, el ensayo, la filosofía de la España quejumbrosa de fines del siglo pasado y bastante del presente y que no se detiene ahí, que sigue siendo quejumbrosa. . . , y por eso: mientras perdura el apego hay influencia. Los grandes distanciamientos se producen después. Le he citado como ejemplo último el año cuarenta. A partir de ahí todo el mun-

do se abre — se abre en fronteras, en perspectivas —, la guerra (que es mala, negativa) tiene un aspecto positivo: hace desarrollar extraordinariamente las comunicaciones y el mundo se abre y se intercomunica entre sí. . .; se adquiere una gran cultura — que algunos poetas especializados siempre poseyeron — y el mundo comienza a vivir otras cosas: reconstrucción, alegría, avances estructurales y formales. América se anota el gran mérito de una revolución formal que es el modernismo — con Darfo a la cabeza — y que se impone en el mundo literario, pero, de ahí en más, no tiene nada propio excepto algunos autores de categoría personal; hasta arribar a éstos tiempos tan ricos y que nos tocan tan de cerca.

Volvamos a lo que Ud. me pregunta. Esa tristeza, esa melancolía se debe a lo que yo llamo "la influencia quejumbrosa" y a que estamos dominados por algo que indirectamente los poetas, a través de su propia existencia, de sus propios padecimientos se empeñan en determinar al ser argentino como un hombre triste y nostálgico. Yo di-

ría que más que tristeza y melancolía es la frustración de una cantidad de seres de gran valor que — colectivamente — responden a frustraciones de sus mismos países. Con la frustración llega el fracaso que se traduce con un dejo absoluto de tristeza en una lírica individualista o en un descreimiento generalizado.

Ahora bien: debemos recordar que vivimos una nueva época que distancia al hombre de la poesía: lo distancia también de toda aquella melancolía a la que hacía referencia. En los últimos quince años nacen nuevas direcciones que apuntan a lo individual con fe y optimismo. Se enaltece la espiritualidad profunda y todas las otras cosas con mucho vigor, con mucha estimación de sus valores. Ya no se trata solamente de hablar del humilde carpintero, de lo que hace con sus manos, se habla de todo hombre que trabaja, de lo que él construye, trasladándolo inmediatamente a un nivel superior".—

ANTONIO DI BENEDETTO

## CUENTO

### HOMBRE DE ESCASA VIDA

Por ANTONIO DI BENEDETTO.

En la calle F... la mañana empieza con el reparto de pan, que viene de la panadería en cajas de plástico destapadas. El repartidor las deja junto a la puerta del angosto despacho. A las ocho llegará la Pili, subirá la persiana metálica y entrará las cajas. Luego barrerá y fregará el piso, hasta la acera.

Junto al cordón suele quedar de vigilancia una furgoneta policial, con cuatro números adentro, que hasta cierta hora fuman y hacen bromas. Después se duermen. Sólo los altera la llegada del camión recolector de residuos, con su traqueteo y su trituradora de botellas, que al Teuco le suena como música moderna.

Tumbada en la acera, encogida, está una niña. El carro policial al costado. No se sabe si la niña busca su proximidad por sentirse protegida o si es por el calor que desprende el motor o para no recibir en la cara la claridad de los faroles callejeros: la carrocería del vehículo intercepta esa luz directa.

Más dentro de la mañana, pero aun temprano, la tendera saca sus tiestos a la ventana. Desde un piso alto de enfrente, una chica, que fue estudiante y ahora vive sola y trabaja, observa a la señora que pone los tiestos en fila para regarlos en orden. El agua chorrea sobre la acera y salpica a los transeúntes madrugadores.

La chica de la barandilla lo ha visto pasar, siempre a la hora en que la mujer instala los tiestos.

Le agrada que el hombre pase. Le agrada aunque

sólo sean las espaldas lo que de él ve. Le agrada su figura, bien ceñida por el abrigo azul. O es la melena, más bien larga, lo que le place.

Como pasa a la hora de los tiestos y la chica de la barandilla suele asomarse entonces a ver cómo está el día, repite la experiencia y reitera la imaginación.

Imagina que él lleva la mirada perdida. Lo deduce de su paso vacilante o débil.

Hasta que desea verlo de frente y de cerca, mirarlo a los ojos. Lo hará mañana mismo.

Entretanto llega ese mañana, como pasan unos días, la chica de la barandilla tiene tiempo de aprobar y desechar una conjetura: que el hombre del abrigo azul pasa a esa hora, por esta calle, para ver a la señora de los tiestos. O para que la señora lo vea a él.

O simplemente pasa rumbo al trabajo o a la oficina.

Sin embargo, sospecha que no pasa por otra, sino por ella, aunque nunca alce la mirada a su ventana de barandilla. Lo que, a su gusto o a su ilusión, le añade mérito: quiere decir entonces que es discreto. Lo llamará, en adelante, el Discreto Enamorado.

Desciende, por fin, a la hora que calcula propicia. Él viene, pero puede creerse que sin verla, con la mirada perdida como ella lo imaginaba, aunque en el momento de cruzarse, la una con el otro, él clava la mirada en ella, como algo duro y caliente, como si quisiera cogerla en el aire.

Cuando va ha ocurrido, ella advierte y se lamenta que no le haya visto los ojos, ni el color ni el tamaño, sólo la mirada.

Ella se da la vuelta y él está detenido, como esperando que ella se vuelva a echarle una mirada o dejarle caer una palabra. ¿Debe hacerlo?

Retorna ella a su barandilla y abajo, enfrente, los tiestos emergen y se alinean en dócil formación.

El Discreto Enamorado pasa por debajo sin alzar la mirada, no se da cuenta que es observado y alguien lo espera. Ni muestra curiosidad por registrar con la vista las ringleras de ventanas y balcones donde está quien lo espera. ¿Lo sabe o no lo sabrá nunca? La chica de la barandilla que vive sola y está tan sola desea fervientemente que no sea así.

Un día, a la hora señalada, ella siente inquietud que no se explica, otro día teme. Otro, nota que cada día el paso está cada vez más irresoluto y vacilante.

Otro día, cuando la vecina saca los tiestos y él aparece puntualmente, ella se dice: "Puntual hasta la muerte" y también, muy de inmediato se corrige: "Puntual como la muerte". No sabe qué le ha dictado tales pensamientos, pero se le estruja el corazón.

Él sigue, calle abajo, y entonces... ¡la aguda sirena del carro policial que hace un momento no más estaba todavía abajo, junto a la acera! Ahora se da cuenta que antes de la alarma de la sirena escuchó como

atenuado, como sordo, como solamente para ella, el ruido de un trompazo, una embestida de coches.

La gente, con ser poca tan temprano, se congrega más allá hacia la esquina y hay un pequeño hervidero alborotado.

La chica de la barandilla busca ansiosamente el ascensor y al pronto se descubre en la calle braceando para abrirse paso.

Lo puede ver, tumbado en la calzada, un momento antes que la espalda del policia corpulento se lo oculte.

Violenta, en riña con sus pensamientos, ella se hace lugar para reflexionar: ¿Sabía él que iba a la muerte esta mañana? Y de ser así, ¿por qué no llevaba la cabeza despejada, revuelta por un viento de tragedia?

El policia se ha inclinado y ella puede introducirse y ver, al sesgo, lo que hay que ver: no hay sangre derramada, el policia le ausculta la pulsación y deja que la mano auscultada caiga. El policia levanta los párpados del caído y la chica de la barandilla, al fin, le ve los ojos de frente y de cerca.

El muerto la tiene a ella en los ojos, como impresa o fotografiada. Ella en la mirada.



## LA IMPOSIBILIDAD DE DORMIR

La imposibilidad de dormir es horrible. Si no duermes, no puedes soñar. Puedes pensar, y recordar, pero pobre de ti si el desvelo despunta recuerdos y trama pensamientos. Sufrirás por ellos y por la urgencia de dormir, que si no mañana de pie estarás dormido y no entenderás las órdenes y te vapulearán.

\* \* \*

De día, prohibición de extenderse en la cama: prohibición de dormir y dormitar.

Prohibición de dormir sentado en el asiento, que tampoco ofrece apoyo: carece de respaldo. Si a pesar de la prohibición te duermes, te hielas. Es que todo en torno son muros de cemento y ventanas sin vidrios, sólo envarilladas de rejas.

\* \* \*

De noche, el guardián lo despierta, una y muchas veces.

Una noche, el guardián no aparece ni al deslizarse de recorrida por los pasillos va golpeando los barrotes con el palo. Repentinamente se enciende la luz, gobernada desde el exterior. Se apaga y con ello se extingue la alarma de una requisita nocturna, que te haga saltar en cueros y ponga todo en un gran caos y destrucción.

La luz se apaga y al aflojar la tensión, retorno al sueño y la ensoñación. En seguida, irrumpe de nuevo la luz, una y otra vez, se apaga y se enciende, con pausas de claridad, como para que florezcan, muy unidos, el miedo, el hastio feroz y la esperanza. Se enciende, se apaga, toda la noche. Se apaga.

El hombre sueña que está soñando que el guardián no le concede reposo.

El guardián lo despierta, con un violento zamarreo y la admonición: ¿Con que durmiendo...? ¡Arriba, es de día!

# POESIA INEDITA

HUGO F. RIVELLA

## POEMA

Siete caballos arrastran una rosa.  
Ninguno se detiene a pensar que están  
inmóviles.



Hugo Francisco Rivella nació en Rosario de la Frontera, Salta el 17/09/48. Publicó: "Algo de mi muerte" (poesía) 1982 - Salta  
"La memoria del fuego" (poesía) 1983 - Cba.  
Tiene los siguientes libros inéditos:  
"La sombra derrotada" - "La herida secreta"  
"Canciones" - "La rosa demente"  
Fue premiado en: 1er. Premio Universidad Nacional de Córdoba (1977) - 1er. Premio Club jóvenes de la Unesco (1984) - 1er. Premio Panamericano, Juegos Florales de Quetzamaltemango, Guatemala (1985)

El material reproducido ha sido seleccionado del libro inédito "La rosa demente"

## EL PASAJERO

El pasajero descendió del tren y se paró en las vías  
con un pie en cada riel.  
(El tren era un rompedías tragando kilómetros y más kilómetros  
con su boca de acero)  
En el triángulo de sus piernas separadas y la tierra convergían  
los hasta nunca, los adioses hundidos y las miradas que los rostros  
tiraron como si fuesen deterioros de la luz.

De espaldas al semicírculo de ojos que se iba formando  
el pasajero

permanecía inmóvil y ausente  
como si fuera una proyección alucinada del yo,  
del uno mismo o del otro diferente de mi.  
Una lámpara apagada succionada por el secreto que desvanecen  
los sueños del futuro.

Nos fuimos acercando hasta cerrar el círculo  
y el pasajero, al voltear la cabeza,  
paralizó el intento de las manos  
porque el rostro era el rostro de cada uno de nosotros  
y porque el tren no había partido todavía.

\* ESTA REVISTA ES ABSOLUTA- \*  
\* MENTE GRATUITA. \*

Dirección Nacional del Derecho de  
Autor

Expediente N° 132258

\*

\*



Es werden nicht mehr sein balschait  
Die Er dem Geld der Silber  
Fiel im in seinen balschen mit  
Wie dann gewontlich ein pöfen chut  
Ein Kurnser den Er wol kannde  
Freydig vñnd tun was Er genant  
Bald Er im mit seiner hande schrib  
Das Er seins weas außsen beib

N. 191. Tausend. Augsburg.  
Hans Schönsperger (am. 1. 1517)

## Luna

Hilos tenues y placas de luz no aprecié  
ni enjambres sombreados o posibles ruidos  
muchos supuestos no dejan sentir perfumes  
o el romperse de varas en zonas activas  
hago somera la noche donde se disipa calor  
mi práctico manejo pierde la noche  
ausentes los profesores de zoología  
compilando en desembocaduras de ríos  
una corona y puntos de color  
rodean la luna turbiamente  
recuerdo cosas que llevo años oyendo  
burbujas y aparece el alma en su treta  
las encrucijadas de hilos de luz  
y las placas verdosas continúan  
y el tema de los enjambres  
cuando son fuertes los supuestos  
busco el período fundamental  
una estabilidad y una atracción  
afinidades que nunca hallé  
consigo separaciones necesarias  
con unas cámaras fotográficas  
y sus gamas completas de accesorios  
preocupado en enfocar o ir a lo destacable  
en la soñada maravillosa posibilidad  
cuando la luna suelta la corona que la rodea  
y algunos puntos de color  
y aclara desembocaduras de ríos.

Nicolás Peyceré  
Buenos Aires 1987

# POESIA EDITA

Susana Giovannoni Giraudó

Mírate desde luego de la muerte.

Dixás:

"Feliz de ti que  
desmigajado en tu tiempo  
viviste".

Mírate desde fuera de tí.

Y verás la red dorada  
donde los días grandes  
quedaron atrapados.

A cada sol

su enérgico.

Y con cada sol

muerdo muerdo

conminada

por

la fugacidad.



Una mañana.

Un domingo.

Un laurel.

Un picaflor,

mariposas

y abejas,

lo cortejan

y él

se ufana silencioso

sólo de ser laurel.

Susana Giraud: Nació en Villa María en 1947. Presidenta Comisión Directiva de la Biblioteca Municipal V. María - Miembro fundador de A.M.E. (Asociación Mujeres de Empresa) - Los presentes poemas han sido extraídos de "Trazo y Poema" de S. G. Villa María, 1988.

---

PIERRE MAURICE MARCEL COTTEREAU.

---

*Los ojos del soldado*

El vacío del alma  
visto desde las grietas de las tapias  
(moho-gris-enraizado-en-derredor-de-antiguos-  
muros-sin-nombre-)

la hiedra  
somnoliente maleficio  
embrujo de la piedra arañada  
Sucesión de siglos  
de batallas libradas  
y vencedores recostados sobre barro  
humeante herrumbrado  
y vencidos olvidados  
sin sepulcro  
sin plegaria

Más allá...  
en sus ojos muertos  
una nube  
un horizonte  
el perfume

el espacio que dejó la rosa  
Una estatua  
muy blanca  
el mármol

Y lejos...  
muy lejos  
dos mariposas  
y un sol de primavera.

El presente poema ha sido extraído de

"Tercer cuadernillo de poemas" - 1988.

Del mismo autor:

REQUIEM (1974)

OCHO POEMAS (1985)

DESDE LA TIERRA DE LOS HOMBRES (1986)

Participó de POESIA y POESIA II (1983-85)  
Edic. del Taller "Alfonsina Storni"

LUNA DEL ALTIPLANO (1987)

Obtuvo varios premios en poesía y cuento.

---

# El poeta parroquial

Roberto Arlt

Este relato fue publicado por Arlt en la revista Proa, en marzo de 1925, como anticipo de "El juguete rabioso". Cuando la novela apareció al año siguiente, el capítulo había sido excluido.



Juan se echó a reír.  
—Yo no entiendo de esas cosas... Decime, querés venir conmigo a ver un poeta? Tiene dos o tres libros publicados y como soy secretario de una biblioteca, estoy encargado de surtirlos de libros. Por lo tanto, visitamos a todos los escritores. ¿Querés venir? Vamos esta noche.

—¿Cómo se llama?  
—Alejandro Villac. Tiene un libro "La Caverna de las Musas" y otro "El collar de terciopelo".

—¿Qué tal son esos versos?  
—Yo no los he leído. Publica en "Caras y Caretas".

—¡Ah! Si publica en "Caras y Caretas", debe ser un buen poeta.  
—Y en "El Hogar" le publicaron el retrato.

—En "El Hogar" le publicaron el retrato? —repetí asombrado—;

pero entonces no es un poeta cualquiera. Si en "El Hogar" le publicaron el retrato... caramba... para que le publiquen en "Caras y Caretas" y el retrato en "El Hogar"...

Esta misma noche vamos; —y asaltado de un súbito temor— pero nos recibirán?... Porque para que le publiquen el retrato en "El Hogar"!

—Bueno; claro que nos va a recibir. Yo llevo una carta del bibliotecario. Entonces esta noche me venís a buscar? ¡Ah! esperá que te traigo "Electra" y la "Cité Morta".

Cuando nos apartamos, yo no pensaba en los libros, ni en el empleo, ni en la sincera generosidad de Juan el Magnífico; pensaba emocionado en el autor de "La Caverna de las Musas", en el poeta que publicaba en "Caras y Caretas" y cuyo

retrato exhibiera gloriosamente "El Hogar".

El poeta vivía a tres cuadras de la calle Rivadavia, en una callejuela sin empedrar, con faroles de gas, veredas desniveladas, árboles añosos y casitas adornadas de jardines insignificantes y agradables, es decir, en una de esas tantas calles, que en los suburbios porteños tienen la virtud de recordarnos un campo de ilusión, y que constituyen el encanto de la parroquia de Flores.

—Como Juan no conocía exactamente la dirección del autor de "La Caverna de las Musas", tuvimos que informarnos en el barrio, y una niña apoyada en la pilastra de un jardín nos orientó.

—¿Es la casa del poeta la que buscan no?, del señor Villac.

—Sí, señorita; al que le publicaron el retrato en "El Hogar".

—Entonces es el mismo. ¿Ven esa casita de frente blanco?

—¿Aquella con el árbol caído?...

—No, la otra; esa antes de llegar a la esquina, la de la puerta de reja.

—¡Ah, sí, sí!

—Ahí vive el señor Villac.

—Muchas gracias— y saludándonos nos retiramos.

Juan conservaba su sonrisa escéptica. ¿Por qué? Aún no lo sé. Siempre sonreía así entre incrédulo y triste.

Sentíame emocionado; percibía nítidamente el latido de mis venas. No era para menos. Dentro de pocos minutos me encontraría frente al poeta a quien habían publicado el retrato en "El Hogar" y apresuradamente imaginaba una frase sutil y halagadora que me permitiera

congraciarme con el vate.

Rezongué:

—Nos recibirá?

Como habíamos llegado a la puerta, Juan por toda respuesta se limitó a golpear reciamente la palma de sus manos, lo que me pareció una irreverencia. ¿Qué diría el poeta? En esa forma sólo llamaba un cobrador malhumorado. Se escuchó el roce de suelas en las baldosas, en lo oscuro la criada atropelló una maceta, después se diseñó una forma blanca a cuyas preguntas Juan respondió entregándole la carta.

En cuanto aguardábamos, oíanse ruidos de platos en el comedor.

—Pasen; el señor viene enseguida. Está terminando de cenar. Pasen por aquí. Tomen asiento.

Quedamos solos en la sala iluminada.

Frente a la ventana encortinada, un piano cubierto de funda blanca. Ocupaban los cuatro ángulos de la habitación esbeltas columnitas, donde ofrecían las begonias en macetas de cobre sus hojas estriadas de venas vinosas. Sobre el escritorio, adornado por retratos de marco portátil, veíase en poético abandono una hoja donde estaba escrito el comienzo de un poema, y olvidadas en cierto taburete color de rosa un montón de piezas musicales. Había también cuadritos, y delicadas chucherías, suspendidas de la araña, atestiguaban la diligencia de una esposa prudente. A través de los cristales de una biblioteca de caoba, los lomos de cuero de las encuadernaciones duplicaban con sus títulos en letras de oro el prestigio del contenido.

Yo, que curiosamente los retratos, dije:

—Mirá, una fotografía de Usandivaras, y con dedicatoria.

Juan comentó burlonamente: —Usandivaras... si no me equivoco, Usandivaras es un pelafustán que escribe versos pamperos... algo así como Betinotti, pero con mucho menos talento.



El relato reproducido se ha extraído de la revista, "Los Libros"

Nº 29, Marzo de 1973.  
Dirigida por:  
Carlos Altamirano  
Ricardo Piglia  
Beatriz Sarlo Sabajanes

—A ver. . . este. . . José M. Braña!

—Este es un poeta lanudo. Escriba con herraduras.

En la galería escuchamos los pasos del vate que publicaba en "Caras y Caretas". Nos levantamos emocionados cuando el hombre apareció.

Alto, romántica melena, nariz aguilera, rizado bigote, renegrida pupila.

Nos presentamos y cordialísimamente indicó los sillones.

—Tomen asiento, jóvenes. . . Así que ustedes vienen delegados por el centro Florencio Sánchez?

—Sí, señor Villac, y si no tiene ningún. . .

—Nada, nada, con el mayor agrado. . . ¿Gustan servirse una tacita de café?

Asomóse a la galería y al momento estuvo con nosotros.

—Cenamos algo tarde, porque la oficina, ocupaciones.

—Ciertamente. . .

—Efectivamente, las exigencias de la vida, y conversando en tanto saboreaba el café en su tacita, con sencillez encantadora, el poeta dijo:

—Agradan estas solicitudes. No dejan de ser un estímulo para el trabajador honrado. Ya he recibido varias de la misma índole y siempre trato de satisfacerlas. No se moleste joven. . . está bien así —acomodando la taza en la bandeja. Como les decía, la semana pasada recibí una carta de una dama argentina residente en Londres. Fíjense ustedes que "The Times" le pedía informes acerca de mi obra aplaudida en diarios argentinos.

—El señor tiene publicados "El Collar de Terciopelo" y la "Caverna de las Musas"?

—También otro volumen; fue el primero. Se llama "De mis vergeles", pero naturalmente, una obra con defectos. . . entonces tenía 19 años.

—Tengo entendido que la crítica se ha ocupado de usted.

—Sí, de eso no me quejo. Principalmente "La Caverna de las Musas" ha sido bien acogida. . . Decía un crítico que yo uno a la sencillez de Evaristo Carriego el patriotismo de Guido Spano. . . y no me quejo. . . hago lo que puedo —y con magno gesto desvió el cabello de las sienes hacia las orejas.

—Y ustedes, no escriben?

—El señor, —dijo Juan.

—Prosa o verso?

—Prosa.

—Me alegre, me alegre. . . Si necesita alguna recomendación. . .

Tráigame algo para leer. . . Si gustan visitarme los domingos a la mañana, harémos un paseito hasta el Parque Olivera. Yo acostumbro a escribir

allí. ¡Ayuda tanto la naturaleza!

—¡Cómo no! Gracias; vamos a aprovechar su invitación.

Juan viendo empalidecer el diálogo, preguntó mintiendo:

—Si no me equivoco, señor Villac, he leído un soneto suyo en "La Patria degli Italiani". Usted escribe también en italiano?

—No, puede ser que lo hayan traducido; no tendría nada de extraño.

—Juan insistió:

—Sin embargo voy a ver si encuentro ese número y se lo envío. Bello idioma, verdad, señor Villac?

—Efectivamente, sonoro, grandilocuente. . .

Yo con candidez, pregunté:

—Y a usted, señor Villac, quien lo emociona más, Carducci o D'Annunzio?

—Como novelista, Manzoni. . . eh? ¿Más vida no es cierto? Me recuerda a Ricardo Gutiérrez.

—Sí, es verdad; más vida —repetió Juan, mirándome casi asombrado.

—Además, Carducci. . . qué quiere que le diga. . . sinceramente . . .

pocos poetas hay que me agraden tanto como Evaristo Carriego, esa sencillez, aquella emoción de la costurerita que dio el mal peso. . .

esos sonetos. . . será porque yo soy sonetista y

"El soneto es una lira de hebras de oro"

"Una caja. . .

—Ciertamente —observó Juan, impasible— ciertamente, me he fijado que la crítica lo aplaude mucho como sonetista.

"Una caja de encantos"

escribí vez pasada en "Caras y Caretas". . . y no me he equivocado. Nuestro siglo prefiere el soneto, como en un estudio indí. . .

La entrada de la criada con un bulto que contenía "La Caverna" y otros volúmenes, interrumpió sus palabras y, desgraciadamente, no pudimos saber qué indicaba en su estudio al hombre del retrato en "El Hogar".

Para no pecar de indiscretos, nos levantamos, y acompañados hasta el umbral de la puerta, nos despedimos efusivamente del sonetista. Yo le prometí volver.

Cuando pasamos frente a la casa de nuestra informadora, la niña estaba aún en la puerta. Con voz tímida preguntó:

—Le encontraron al señor? . . .

—Sí, señorita. . . gracias. . .

—¿No es verdad que es un talento?

—¡Oh! . . . —dijo Juan— un talento bestial. Fíjese que hasta en el "Times" se interesan por saber quién es.

# P R O S A S

## LOS PADRES

Es el crepúsculo.

A esta hora mi madre recoge los pollos más pequeños, levanta la ropa de la sogá, entra algunas leñas secas. En un instante mi padre cruzará el rectángulo de luz que refracta sobre el patio de tierra.

Son las primeras sombras. Las que van rondando la casa, llenando de luminosidad opaca las hojas del fresno que recién moja el rocío.

Yo llego. O estoy ahí. La cocinita a leña hace estallar en su boca rozagante y flamígera los troncos de paraísos, y alguno de sus redondos frutitos amarillos harán estruendo de petardos.

Es la calma del mundo la que impera cuando todo está tan lejos, tan cercano el cielo, sin embargo.

La casa recoge esa luz y en ese calor pronto los viejos estarán sentados con su silencio a la mesa que trajinó la infancia inolvidable. Raramente encienden ese inmenso televisor, por eso el silencio suele ser más grande, porque rodea los años en que viven juntos y cada uno en su memoria irá traspasando un espacio donde la infinitud del dolor se mezcla con las pocas alegrías que tuvieron, la escasez del dinero, las privaciones que tanto requerimiento de sus energías les exigió siempre.

Nadie será capaz de apagar esa lámpara si ellos no lo hacen. A veces entro yo en el vano de esa luz tirando a pálida y rompo el hechizo, abro como si nadara las cuentas de la cortina, en esa puerta que los años lavaron para siempre.

Soy yo, posiblemente, pero no es su hijo el que se sienta en esa sillita baja donde el viejo mateó toda la vida mirando cómo el fresno iba regando de hojas la pulcritud del patio, veo los penachos pálidos en las hojas donde apenas da la luz, el resto es sólo sombra. Pura sombra. Tal vez más negra que el contorno del cielo.

Cuando ellos apaguen esa luz, cuando la casa quede sola, blanca, cal quieta en la noche, a merced de la luz insolente de los esporádicos autos que toman esa calle buscando la ruta, alternativamente volverá la sombra — paz y sombra — resguardando su sueño, la paz que merecen y yo estaré lejos, en otra ciudad, bajo otro cielo, solo, quieto, tendido en una cama que gira entre el mundo y la inclemencia más sorda de todos los tiempos.



JORGE ISAIAS (1946) Ha publicado: *La Búsqueda incesante* (1970); *Poemas a silbo y navajazo* (1973); *Oficios de Abdul* (1975); *Crónica Gringa* (1ª y 2ª ediciones 1976; 3ª 1983); *Cartas australianas* (1978); *Poemas de amor* (1ª ed. 1979, 2ª 1986); *La memoria más antigua* (1982); *Y su memoria olvido* (1985). Es Licenciado en Letras por la UNR.

Las presentes prosas han sido extraídas de "Prosa sin Prisa" de Jorge Isafas y Claudio Martinelli — Ediciones La Cachimba, Marzo de 1988.

## EL LADRON

a Analía Montes  
a Marcelo Caisso



CLAUDIO MARTINELLI (1944)

Ha publicado: *La Isla* (1984)

Obtuvo el Premio de Narrativa "Alcides Greca", otorgado por la Subsecretaría de Cultura de la Provincia de Santa Fe, 1985.

Publica en medios periodísticos del país y del extranjero.  
Es Licenciado en Letras por la UNR.

La diferencia entre nosotros y ellos residía en el poder.

Por lo demás, —pensé—, nada harían, ni pensarían, sin que ya no lo hubiéramos hecho y pensado, —y tal vez mejor—, nosotros.

Conjeturar que el que tomó los sobres era alguien de afuera, abría de inmediato dos posibilidades: o bien que esa persona se hubiera ubicado a horcajadas sobre el mostrador, lo cual era casi imposible por la presencia de empleados, clientes y el custodia; o bien, lo que era más improbable aún, que esa persona, dada las dimensiones del mostrador, tuviera los brazos de aproximadamente dos metros de largo.

Dentro de esta línea de pensamiento entraban algunos elementos de importancia: la escasez de gente y empleados a esa hora del mediodía, el custodia que durmiera en el castillete, etc. etc.

La otra posibilidad, la más factible y cruel, era que, —efectivamente—, el ladrón estaba entre nosotros.

Nunca, en diez años, había ocurrido nada. Era el principal argumento de Laura, —una de las antiguas—, para dirigir el sentido de las sospechas hacia alguno de los nuevos.

Esta coartada tenía, sin embargo, un efecto de bumerang, y en su lógica de acero residía también su debilidad.

"Puede haber sido uno de los antiguos, —pensé también—, contando con la impunidad de aquel antecedente".

Lo había hecho en combinación con alguien de afuera, —nos preguntábamos—, con alguien de adentro, o, por el contrario, —al igual que yo—, era un ladrón solitario?... Nunca más seríamos los mismos. Los ojos se volvieron enormes, interrogadores, aunque a veces esquivos. Parecían querer leer los rostros, las señales del aire. He visto muchas clases de tristeza pero ninguna comparable a la de los bancarios hacia el crepúsculo. Ese día, sin embargo, y por mucho tiempo, se instalaría entre nosotros una tristeza adicional, una serena consternación, una larga y melancólica perplejidad.

Sabíamos, de todas formas, que ellos llegarían. Lo hicieron, silenciosos y lúgubres, hacia el atardecer. Nos interrogarían a todos, —dijeron—, uno por uno.

Antes hablaron entre ellos por espacio de media hora. Después con el gerente, pálido como un muerto.

Más tarde empezaron a tomar medidas del piso y los mostradores, a hacer cálculos y conjeturas. Subieron al castillete del custodia y desde allí miraban, como peces tristes.

Cuando Graciela propuso, mientras esperábamos nerviosamente nuestro turno, consultar con una mujer que tirara las cartas, sentí que tarde o temprano había de escribir sobre aquello.

Nunca lo confesé a nadie pero todo aquel asunto me producía como un íntimo, inexplicable regocijo. Era, además, como estar dentro y fuera del juego, al mismo tiempo.

Fui el último que llamaron. Cuando salí había descubierto al ladrón: era yo mismo.

Comprendí que en cierto modo ellos vivían para mí, por mí. Que yo les robaba sus gestos y palabras, sus mansedumbres y extravíos. Pensé en Ferrari, en su locura, locura que por derecho propio le pertenecía, de la que yo me había apropiado y difundido.

Comprendí que vivía distraídamente al asecho, como un asaltante solitario. — Evidentemente, el ladrón está entre nosotros... —dijo uno de ellos, con un tono de absurda intimidad.

Algunas de las chicas comenzaron a llorar, silenciosamente. Alguien intentó una resistencia incipiente, desmoronándose ante aquellos rostros pálidos, tersos. Pensé que nos separarían, hacia los cuatro puntos cardinales, como los hijos de Fierro. Imaginé pequeñas y absurdas oficinas, pérdidas entre caminos polvorientos, abrasadas por el calor, o azotadas por los vientos inclementes del sur.

Hacia las diez salimos. La noche había descendido, calladamente. Lamenté el sol durmiéndose a lo lejos, aquel atardecer perdido para siempre.

Las calles eran como túneles y la noche húmeda e impregnada de misterio. Caminé solitario y furtivo, hacia la nada inagotable. A planear, tal vez, mi próximo robo.

# Oswaldo Svanascini

## POEMA

LA lluvia dibuja  
tu rostro  
aparecido espectro  
en mitad  
de mi soledad.

Un musgo  
ahoga lento mi sangre  
ya perdida  
en menuda evocación  
sin huella.

De viejas pestañas  
heridas  
formas el lecho  
en donde  
cuidarás mi muerte.

Antiguas canciones  
ya mudas  
afirmarán el retorno  
silencioso  
de mis cuencas vacías.

Y un vaho  
mordido por los mares  
enhebrará  
tu pequeña piel viajera  
en mi rostro.



Nació en Buenos Aires. Poeta, crítico de arte, artista plástico y narrador.

Interesado en los aspectos de la cultura del lejano Oriente, se ha ocupado de ella en obras como *La poesía china durante la época T'ang*, 1952; *Tankas japoneses*, 1961; *Bashō, Buson, Issa: tres maestros del haiku*, 1969, y ha traducido y editado, asimismo, poemas chinos y japoneses.

Obra poética: *Perdurable ausencia*, 1945; *Presuposición del espejo*, 1947; *Fragments de la muerte*, 1948; *Este misterio trasmutado*, 1952; *Vigilia torturada*, 1952; *Poemas del Este*, 1961; *Medida de la repulsa*, 1967. Teatro: *El poeta bicéfalo*, 1949; *Fábula del sueño*, 1952. Ensayo monográfico: *Xul Solar*, 1962. Cuentos: *Retorno al día que se va*, 1969.

En colaboración con Horacio Jorge Becco ha compilado las antologías *Poetas libres de la España peregrina en América*, 1947; *Diez poetas jóvenes*, 1948; *Antiguos poemas chinos anónimos*, 1952; *Poesía argentina moderna*, 1953.



## ESTE SONIDO QUE NOS ENVUELVE

A VECES, cuando en el sueño veo  
que tus pequeñas manos me abrazan  
como un grillo espantado por la tormenta  
desde mi pecho un enano  
cava su envoltura caliente.

Las horas vuelan. Yo te observo  
fija en las mañanas.  
Tu cabello parte envuelto en danza  
en tardíos saltos a la luna  
en prisiones en donde el ángel mora.

El sueño vence mi vida. Tu vas  
volando por el aire de este sueño. Y al volver  
a la tierra húmeda  
mi piel hace un paracaídas a tu destino.

Luego despierto en medio de la noche.  
Tan pequeña estás que las arañas  
te observan con sus catalejos  
para medir la dimensión de tus pestañas.

Vuelvo al sueño. Vuelves a bailar para mí.  
Las manos giran y en los dedos  
voy encontrando palabras.

O a veces cuando lloras  
mojando el rostro absorto  
mi piel se vuelve tierra, tierra seca,  
mas tierra envolviendo mi saliva  
tierra en las venas, tierra  
densa, pesada, horrenda  
tapándome como lápida intransigente.

El alba llega. Contemplo el ademán  
del brazo tenue. El halo de la cara.

Continuo sumergido dentro de tu vida  
mientras las señales de tus dedos  
insinúan esta esencia  
pegada en nosotros, lacrada en la sangre.



Los presentes poemas han sido extraídos de "Este misterio Transmutado" de O. Svanascini — Ed. Losada, Bs. As., 1952.

# LICHTENBERG

En la actualidad se procura en todas partes divulgar la sabiduría. Quién sabe si en unos cuantos siglos no habrá universidades destinadas a restablecer la antigua ignorancia.

Los turcos se embriagan en seco, con opio.

Me ha resultado siempre muy entristecedor pensar que en las universidades se enseñan muchas materias que no sirven más que para instruir jóvenes para que ellos las enseñen a su vez. Se enseña griego para que se lo pueda enseñar de nuevo. Y así va pasando de profesor a alumno, y éste, si le van bien, podrá ser, a lo sumo, otro profesor que preparará más profesores.

Hay exaltados que son también incapaces. Así resultan gente realmente peligrosa.

Cada uno es genio por lo menos una vez al año. Sólo que los genios propiamente dichos tienen sus ocurrencias con mayor frecuencia.

Casi no existe en el mundo mercadería más extraña que los libros: Impresos por gente que no los entiende, vendidos por gente que no los entiende, encuadernados, censurados y leídos por gente que no los entiende; mejor aun, escritos por gente que no los entiende.

El primer americano descubierto por Colón hizo un descubrimiento fastidioso.

Ese libro ejercía la influencia que suelen ejercer todos los libros buenos: Hacía a los necios aun más necios, y a los inteligentes más inteligentes, y muchos otros miles seguían como antes.

La gente más sana, la más hermosa, la más proporcionada, es la que todo lo acepta. En cuanto hay alguien con un defecto, tiene una opinión personal.

Quien plagia las ideas de un autor antiguo se puede disculpar por la metempsicosis, y puede decir: Probádmeme entonces que no he sido él.

Aquel hombre era tan inteligente que casi no servía va para nada.

El acto de sacarse el sombrero es el de una abreviación del cuerpo, una disminución.

Virgilio quería que quemasen su *Eneida*, y Augusto no lo permitió. Segismundo Guindano de Cremona quiso que quemasen su *Austriada*, y Carlos V lo dejó hacer.

Georg Christoph Lichtenberg nació en Oberramstadr, Alemania, el 1º de Julio de 1742; decimotavo hijo de un pastor protestante, sufrió en la niñez un accidente que le dejó como secuela una joroba. Matriculado como estudiante de Matemáticas y Ciencias Físicas en la Universidad de Gotinga y donde posteriormente dictó clases. Fué nombrado por sus pares para la Sociedad de Ciencias de Gotinga, el Ateneo de Naturalistas de Dazing y de Halle y la Academia Imperial Rusa de San Petersburgo. Su obra mereció el elogio de Schopenhauer, Kant y Nietzsche; André Bretón ha dicho: "Es el inventor de esa necesidad filosófica sublime que configura por el absurdo la obra maestra dialéctica del objeto".

Lichtenberg murió en Gotinga el 24 de febrero de 1799.

## A U S P I C I A N :

- **Carlos Grosso y Cía. S.A. — Distribuidores Mayoristas —**  
Papelería Comercial — Escolar — Computación — Juguetería — Textos: Primarios - Secundarios - Terciarios — Literaturas.  
Casa Central: 9 de Julio 125 — Tel.: 23355 - 20749  
Sucursal: San Martín y Corrientes — 5900 - Villa María
- **Jugar y Aprender**  
Textos primarios y secundarios — Nuevos y Usados — Diccionarios — Guardapolvos — Juguetes — Tarjetas de Crédito y Mutuales.  
Galería Elía — Local 1 y 2 — Buenos Aires 1170 — 5900 - Villa María
- **Ubaldo M. Bertino — Una empresa consagrada al libro —**  
Obras culturales y técnicas de los más importantes Sellos Editoriales.  
Corrientes 1300 — Casilla de Correo 53 — Tel.: 0535-23685 — 5900 - Villa María
- **Lapilandia — Juguetería — Librería**  
Corrientes 1016 — Tel.: 20359 — 5900 - Villa María
- **Video Río**  
Entre Ríos 1209 — 5900 Villa María
- **Old Friend**  
Corrientes 1010 — 5900 Villa María
- **Stanza — Equipamientos**  
Entre Ríos 1120 — 5900 - Villa María
- **Cycles Mundo Bicicletas**  
Entre Ríos 1140 — Tel.: 21842 — 5900 - Villa María
- **Joyería Kelo**  
San Martín 48 — Tel. 21765 — 5900 Villa María
- **Bar Los Tribunales**  
General Paz 330 — 5900 Villa María
- **Kiosco L'Espoir**  
General Paz 17 — 5900 Villa María
- **Kiosco El Reloj**  
Corrientes e Yrigoyen — 5900 Villa María
- **Buensabor**  
Cafés — Bombones — Repostería — Alfajores  
Buenos Aires 1118 — 5900 - Villa María

**\* CENTRO INTEGRAL DEL SISTEMA NERVIOSO  
CLINICA MEDICA Y REHABILITACION**

Santiago del Estero 1327 - Tel.: 21434 - 5900 - Villa María

**\* DIARIO NUEVO NOTICIAS**

H. Irigoyen 355 - Tel. 21140 - 24580 - 5900 Villa María

**\* UN AGRADECIMIENTO ESPECIAL A:**

María Inés Miraglio

Mercedes Conci

Antonio Iván Giaccardi

Jorge Isafas

Víctor F. A. Redondo

**\* ESTRADA, Copias - 9 DE JULIO 31**

FOTOCOPIAS - IMPRESOS OFFSET - PLASTIFICADOS

TIPIADOS EN IBM Composer - TERMO ENCUADERNACIONES - PLANILLAS PARA  
EL AUTOMOTOR Y ESCOLARES.

# C E L I N E

¡Que cada uno luche contra el demonio! se encarnice, lo acose, lo asesine, se perturbe, encuentre en su alma la canción, marchita... el gracioso secreto de las niñas... ¡o bien que perezca en mil muertes y luego resucite entre mil penas! En atroz sofocación, mil desollamientos consentidos y verdes contorsiones de heridas, de hirviente pez tenaz, atenaceado, músculos deshechos, chapoteando así todo un día y tres meses, una semana dentro de marmita gorda e hirviente, silbadoras serpientes atadas a hinchados sapos, leprosos, jugosos, amarillos de ponzoña, golosos chupetazos de salamandras, repugnantes vampiros en los cuerpos de los condenados, que patalean en nuestras entrañas hasta despertar nuestro dolor, en jirones de carnes marchitas, trituradas con dardos de fuego, y así de mil en mil años, sólo sacian nuestra sed en el odre lleno de vinagre, de vitriolo tan ardiente que la lengua se nos pela, humea, ¡estalla! ¡y pasemos a muerte en sufrimiento aullador de Infierno desgarrado! ¡día tras día! así durante la eternidad...

Ya ven que la cosa es seria.



Louis Ferdinand Destouches (1894-1961)

Publicó en 1932 la obra "Voyage au bout de la nuit" con el seudónimo ya definitivo de Céline y con el que obtuvo el premio Renaudot. Entre sus obras se cuentan "Le pont de Londres", "Mort a crédit", "De un castillo a otro". El material citado ha sido extraído de "Guignol's Band". Ed. Sudamericana (1980). Traducción de Amanda F. de Gioia.

